

EL DILUVIO

Abe Kōbō

Un filósofo, pobre pero honrado, desplegó un telescopio y empezó a hacer observaciones astronómicas en la azotea de su casa: quería investigar el teorema del universo. Como no encontraba otra cosa que unos pocos astros que erraban insignificantes y algunas estrellas conocidas de siempre, y pese a no sentirse aburrido, dirigió sin darse cuenta el telescopio hacia la tierra. Allí, ante su nariz, apareció una calle invertida y podía verse a un obrero caminando también de cabeza. El filósofo acomodó las imágenes en su conciencia y siguió los movimientos del obrero, ajustando los lentes. A través de los lentes de amplio calibre se veía el transparente interior de la pequeña cabeza del obrero, quien acababa de terminar su jornada nocturna y su ser estaba vacío por el cansancio.

El filósofo, paciente, no desviaba los lentes. Al poco rato su paciencia fue compensada. Repentinamente se observó un cambio en el obrero: el contorno de su cuerpo cobró una tesitura ambigua y empezó a derretirse por los pies, perdió el sostén, se convirtió en un trozo de materia chiclosa, y finalmente quedó hecho un líquido que se extendió sobre la tierra, dejando dispersos su bata, su sombrero y sus zapatos.

El obrero licuado empezó a escurrirse tranquilamente hacia un lugar más bajo. Cayó en chorro en un hueco del camino, pero salió trepando de allí. El movimiento del obrero licuado, contrario a la ley de la dinámica líquida, sorprendió al filósofo a tal grado que por poco se le cae el telescopio de las manos. El hombre convertido en líquido siguió corriendo y al toparse con un muro que estaba al lado del camino, se deslizó sobre él cual si fuera un animal con ventosas, lo sobrepasó y desapareció de la vista del filósofo, quien apartó los ojos del telescopio y suspiró pesadamente. Al otro día, el filósofo lanzó al mundo la advertencia de un próximo gran diluvio.

Y realmente empezó en todas partes del mundo la licuefacción de obreros y de gente pobre en general. Era notable la licuefacción colectiva. En las fábricas grandes se paraba de repente la operación de las máquinas y los obreros en conjunto quedaban convertidos en líquido, formando grandes charcos que se hacían riachuelos que chorreaban por la abertura de la puerta, o subiendo por las paredes, saltaban por la ventana. Algunas veces, después de que los obreros se habían convertido en líquido, las máquinas seguían operando por sí solas, en desorden, en fábricas desoladas, hasta terminar des-

trozándose. Por otra parte, los diarios informaban de casos tales como fugas de convictos licuados, o de inundaciones causadas por la licuefacción de campesinos de aldeas enteras.

La licuefacción de hombres no se limitó a esas anormalidades fenoménicas, sino que dio motivo también a diversos tipos de desajustes y perturbaciones. Hubo un incremento súbito de crímenes perfectos debido a la licuefacción de los delincuentes. La policía movilizó secretamente a físicos para que indagaran las características del agua. Sin embargo, aquel líquido estaba totalmente fuera de la ley científica, y los físicos quedaron estúpidamente frustrados y trastornados, ya que al tocarlo con la mano era como el agua común, mas a veces mostraba un menisco tan fuerte como el del mercurio y era capaz de conservar su propio contorno, como la amiba; así, no solamente era capaz de subir a los lugares elevados, sino que podía separarse conservando su volumen original, de repente, después de mezclarse completamente con otro líquido natural, o después de mezclarse con otros hombres licuados.

En otras ocasiones poseía un menisco tan débil como el del alcohol, mostrando una asombrosa permeabilidad en relación con las sustancias sólidas; por ejemplo, con el papel, ante el cual el líquido no mostraba a veces ninguna reacción, y en otras ocasiones desplegaba un poder de fundición como si se tratara de algún agente químico.

El hombre licuado podía congelarse o evaporarse. El punto de congelación o volatilización difería de acuerdo con cada caso; por lo tanto sucedieron cosas tan raras como que un trineo que se deslizaba sobre gruesas capas de hielo fuera tragado repentinamente junto con los caballos, o que un patinador que corría a la cabeza de un grupo en competencia de patinaje de velocidad desapareciera en seco. O a veces, que el agua de la piscina en pleno verano súbitamente quedara congelada, atrapando en el hielo a las muchachas que nadaban allí. Puesto que el hombre licuado trepaba las montañas, se mezclaba con el río, atravesaba el océano, se convertía en nube o en lluvia, pudo extenderse por todo el mundo, y llegó el momento en que no podía preverse qué es lo que iba a ocurrir. Los experimentos químicos eran casi imposibles de llevarse a cabo. Los pistones de las locomotoras de vapor se inutilizaban ante la invasión del hombre licuado; por más que se elevara la temperatura, no había presión o, a veces, de repente, las máquinas se inflamaban hasta explotar.

Ocurrieron fenómenos y exterminaciones tan inauditos que ninguna biología podría explicarlos: manzanas que rodaban cantando, espigas de arroz que estallaban con estruendo de fuegos artificiales; pero lo más grave de todo era cómo afectaba el hombre licuado a aquéllos aún no licuados, sobre todo a los hombres ricos.

Una mañana, el dueño de una gran fábrica se disponía a tomar una taza

de café; en el momento en que tocó la orilla de la taza con sus labios, quedó ahogado en la taza. Otros morían en una copa de whisky, o en un frasquito de gotas para los ojos. Esto suena increíble, pero es cierto.

En cuanto estos acontecimientos extraordinarios fueron dados a conocer, muchos hombres acaudalados enfermaron de hidrofobia. Un canciller del gobierno confesó lo siguiente: "Yo, cuando tomo un vaso de agua, al ver el líquido ya no puedo saber lo que es, si es un mineral en forma líquida imposible de digerir o una sustancia nociva que si uno la bebe inmediatamente enferma. Es una agonía horrenda."

Aunque no provocaba convulsiones a la hora de la deglución, se trataba de hidrofobia, obviamente. Sucedieron muchos casos en que mujeres de edad se desmayaban a la sola vista del agua; mas la vacuna contra la hidrofobia no servía para nada.

Y por todos los rincones del mundo corrían voces que anunciaban el advenimiento del diluvio; pero los diarios trataron de negar tales rumores, aduciendo las siguientes razones:

1. Durante el año, el nivel de pluviosidad ha sido inferior al de otros años en todas partes del mundo.
2. En todos los ríos en que se advierte el aumento del caudal simplemente no ha sido superado el ámbito de la mutación estacional.
3. Ninguna otra alteración, tanto meteorológica como geológica, ha sido registrada.

Era cierto. No obstante, era más cierto aun que el diluvio comenzaba. La contradicción provocó una general inquietud social. Era evidente que no se trataba de un diluvio cualquiera. En poco tiempo, los diarios tuvieron que reconocer la verdad. Sin embargo, seguían repitiendo que se trataba de una anomalía astronómica, un fenómeno temporal que pronto terminaría de manera natural. Sin embargo, el diluvio se extendía; muchos pueblos y aldeas se iban al fondo del agua; muchas colinas y llanuras quedaron cubiertas por los hombres licuados; hombres ricos o de alto rango empezaban a refugiarse en los altiplanos o en las zonas montañosas, peleando por ser los primeros en llegar. Ante los hombres licuados que trepaban los muros, no tenían alternativa, a pesar de que sabían que era inútil refugiarse.

Por fin, los reyes y ministros reconocieron la emergencia del asunto y expedieron decretos que decían que para salvar a la humanidad del diluvio había que movilizar con urgencia toda la energía, y el material para construir un gigantesco dique. Cientos de miles de obreros fueron reclutados para la forzada labor. Entonces, los periódicos cambiaron de actitud y hablaron del deber y la justicia, en el mismo tenor de los decretos. Sin embargo, ya casi todos los hombres —hasta los reyes y los ministros— sabían que los decretos eran letra muerta. El dique contra los hombres licuados no era otra cosa que la dinámica de Newton contra la mecánica cuántica: algo total-

mente ineficaz, ya que hasta los mismos obreros que lo construían empezaron a convertirse en líquido y caer a un lado del dique. La página cuatro de los periódicos estaba llena de noticias acerca de ciudadanos extraviados. Mas por el carácter del periódico, estos casos eran tratados como consecuencia, y no como causa del diluvio; y el carácter contradictorio del diluvio o la causa fundamental de él, jamás eran comentados.

Surgió por ese tiempo un científico que aseguró que con la energía nuclear podría evaporarse aquel líquido que cubría ya la tierra. El gobierno acordó inmediatamente subsidiar ese proyecto, ampliamente, sin reserva. Sin embargo, al iniciarse los procedimientos, surgieron varias dificultades que tornaron imposible el trabajo. Debido a que la licuefacción de hombres se extendía en progresión geométrica, no había ya suficientes obreros, y la licuefacción alcanzaba ya a los científicos. Por otra parte, las fábricas de refacciones se hundían una tras otra, de modo que no se sabía cuándo se podrían materializar las instalaciones nucleares.

Una angustia espantosa cubrió el mundo. Todos se convertían en momias a causa de la deshidratación y agonizaban produciendo ruidos secos a cada respiración.

En medio de este caos, había un solo hombre que andaba contento, disfrutando la situación. Era Noé, optimista y astuto. Noé, en base a las experiencias del antiguo diluvio, sin perturbación ni trastorno, se dedicaba a fabricar un arca. La idea de que el futuro de la humanidad dependía de las manos de su familia, le hacía sentir un júbilo religioso.

Cuando el agua se aproximó a su casa, Noé subió junto con sus familiares y sus animales al arca. Entonces, los hombres licuados trataron de trepar por el borde del arca. Noé los increpó:

—¡Oigan! ¿Quién creen ustedes que soy y de quién es este barco? Soy Noé. Ésta es el arca de Noé. No se equivoquen. ¡Vamos, abajo!

Era una equivocación pensar que el líquido comprendería el lenguaje de Noé. El líquido sólo comprendía su problema de líquido. Y en el momento siguiente, el arca fue invadida por el líquido, y los animales y los hombres se ahogaron. El arca, sin un alma, quedó a la deriva, impulsada por el viento.

De esta manera la humanidad fue exterminada por el segundo diluvio; pero, al asomarse en las aldeas, los pueblos, las calles y los árboles que yacían en el fondo del agua, podía observarse alguna sustancia que empezaba a cristalizar, probablemente alrededor del corazón invisible de los sobresaturados hombres licuados.

Traducción del japonés:
Atsuko Tanabe